

quiere, ordena, manda á todos y á cada uno de los fieles y muy en particular á los pastores de almas, profesen, sostengan y defiendan, segun su posibilidad y fuerzas, las verdades reveladas. Aunque El esta siempre con su Iglesia, quiere que mientras permanezca entre los hombres, la sostengan estos modo humano; trabajen ayudados por su gracia con prudencia y energia en su favor, sin esperar á que vengan en todo evento los socorros milagrosos, que solo en circunstancias dadas, está dispuesto á conceder la especial Providencia sobrenatural con que la dirige. Seria, pues, una temeridad por nuestra parte, y tentariamos á Dios, pidiéndole y esperando de El esos socorros extraordinarios, cuando bastasen los ordinarios.

A esto faltan desgraciadamente en nuestros dias muchos católicos. Conocen la perversidad del liberalismo en todos los abigarrados malices con que se presenta; no ignoran ha sido condenado repetidas veces por el maestro infalible de la verdad revelada, el Papa Gregorio XVI en la Encíclica *Mirari vos*; Pio IX no solo en la de *Quanta cura* y en el célebre *Syllabus*, cuyas proposiciones no son en su mayor parte, sino errores liberales, sino tambien en innumerables cartas dirigidas á particulares, especialmente Prelados, en Alocuciones consistoriales, ó pronunciadas ante piadosos peregrinos que iban á Roma á consolarle y manifestar su profunda adhesión á la Cátedra de San Pedro; por último, Leon XIII, entre otros de los muchos luminosísimos documentos que ha publicado, en la celeberrima Encíclica *Libertas*; y sin embargo, no solo hay quienes se posturan ante este ídolo, le ofrecen abundante incienso y hasta costosísimos sacrificios, sino tambien triste es decirlo y más triste que pueda decirse con verdad! que haya personas que, debiendo ser de las primeras en dar la voz de alerta, desmascarar y señalar como con el dedo, y combatir á este enemigo mortal de la Iglesia de Dios, del reino social de Jesucristo; aparezcan indolentes y como quienes no ven, como dice Leon XIII, los estragos que causa en el orden religioso, político y social. Católicos hay tambien que, peor que aquellos todavia, con mentida prudencia, ó, lo que es más exacto, con manifiesta cobardía tratan de mendigar de la mesa del liberalismo triunfante algunas migajas, es decir, de recabar de este irreconciliable enemigo de la religion, cierta benevolencia en su favor. Al efecto, consienten tal vez, en dejarle obrar á sus anchas, en no atacarle, ó solo con mucho tiento, muy suavemente; y no se atreven, por miedo, sin duda, de exasperarle, á combatirle con resolución y denuedo; aspirando de continuo á desalojarle de los baluartes en que ha logrado colocarse, y desde donde hostiliza cada dia con más vehemencia al catolicismo. Toda su energia, todo su vigor, su ferviente celo los reservan, éstos, que con el enemigo comun se glorian de ser tan prudentes y hábiles, para emplearlos en censurar acremente, zaherir y reprobar con apasionamiento y dureza, la conducta resuelta de los que sin contemplaciones ponen por su parte la segur á la raíz del árbol funesto del sistema liberal, para arrancarlo de cuajo y hacerlo astillas después, como aconseja enérgicamente debe hacerse nuestro venerable hermano de Cartagena, en la luminosísima y ferviente pastoral última, de la que por orden nuestra se han repartido ejemplares á cada uno de vosotros, amados colaboradores. Todos, sin duda, la habreis recibido y leído con santa avidez, como deseábamos y esperábamos de vuestro acreditado celo.

Parece tambien un sueño lo que estamos viendo y palpando: que haya aún fieles cristianos que permanezcan de asiento, bajo la maléfica sombra del liberalismo; profesen más ó menos paladinamente, y quizá sin escrúpulos ni remordimientos, errores condenados por la Iglesia de Dios; se empeñen en suponer conciliable el liberalismo de cierto matiz con el catolicismo y procuren ó, á lo ménos se complazcan, en que otros trabajen para obtener esa imposible conciliación.

Pero ¿cuál puede ser la causa de que, en medio de tanta luz como se ha hecho sobre este asunto, permanezcan aún hoy cubiertas de espesas tinieblas tantas inteligencias de católicos, que no sólo no han renegado de la fé, sino que creen con sinceridad, tal vez, que siguen el mejor camino? ¿Cuál el origen de esta horrible confusion que los marea, tras-

torna y desorienta? Sin meternos ahora á exponer los variados y complejos motivos que sostienen y fomentan, ó pueden fomentar ó sostener, en muchos este estado anómalo, Nos parece que contribuye á esto en gran manera el que no se combate suficientemente el liberalismo en concreto, es decir, en las costumbres que desgraciadamente informa. No se procura, tal vez, con el tino y asiduidad, que seria de desear, desinfectarlas en todas partes, y hacer desaparecer de ellas, cuanto sea posible, todo el virus ponzoñoso que las malea y corrompe.

Será preciso descubrir, como primer paso en este camino, hasta los más pequeños errores prácticos que cunden entre los fieles, y que tienen su origen en los teóricos del liberalismo; ilustrar sus conciencias, para que no se dejen alucinar por las falsas máximas que, con motivo de aquellos, se han vulgarizado entre las gentes, y les sirven para formar juicios prácticos equivocados y culpablemente erróneos, sobre lo que es ó nó lícito en multitud de casos particulares. Llevar á cabo esta labor incesantemente es uno de los oficios principales del pastor de almas, especialmente de aquellos que están en contacto más íntimo é inmediato con los fieles. Estos son los párrocos y confesores; ya sean ordinarios en los pueblos, como sucede con los eclesiásticos seculares y regulares que en ellos moran constantemente; ya extraordinarios, como los misioneros ú otros, que van á ejercer el ministerio de la predicación y confesonario por algunos dias, ó en diferentes tiempos, en esos mismos pueblos.

Por eso creemos oportuno en las circunstancias presentes recordar á nuestros amados colaboradores en el sagrado ministerio, que en el púlpito y en el confesonario, en las exhortaciones públicas y conversaciones privadas, con ocasion ó sin ella ordinariamente están obligados á instruir á los fieles en aquellos comunes, y aún particulares deberes de conciencia que ignoran culpablemente, ó que si es con ignorancia invencible por algunas circunstancias, no pueden apenas conservarse en ese estado sino por cortísimo tiempo; desapareciendo con su buena fé la irresponsabilidad procedente de aquella. Para esto tendrán necesidad de descender á casos particulares, advertirles cuando incurren ó pueden incurrir en pecado, ya ejerciendo ciertos actos, ya prestándose á cooperar á ellos, cuando otros los ejecutan; para evitar sucumban en la tentación, ó facilitarles el que se arrepientan, si por su desgracia han sucumbido ya, conciben horror á la iniquidad, remuevan en lo sucesivo las causas, y se alejen de las ocasiones que pueden hacerlos volver á caer en faltas, y tal vez multiplicarlas.

Cuéndonos ahora á los pecados que cometen los que admiten y profesan, en todo ó en parte, el sistema liberal, y al peligro continuo en que muchos fieles se encuentran de cooperar, de una ú otra manera á esos pecados, por más que ellos no sean liberales ¿qué digo? por más que interiormente renieguen de tal sistema; es indispensable en los tiempos que corren que nos ocupemos, amados H. é H., en precaver á nuestras ovejas, avisándolas en particular de los pecados á que pueden ser inducidos, y designándoles en dónde y en qué circunstancias principalmente suele aparecer ese peligro.

Conocemos, y vosotros no ignorais, la extension y el vuelo que han tomado en nuestra edad, hasta en pueblos pequeños y alejados de los grandes centros, los errores y máximas liberales. Se han multiplicado en tales términos los medios de propaganda, y han sido tantos los lazos tendidos hasta en las últimas aldeas, que han colocado á innumerables fieles en cierta necesidad de caer y enredarse definitivamente en ellos. Es preciso, pues, contrarrestar esa propaganda y descubrir y romper, si es posible, esos lazos.

Por otra parte, los errores y prácticas liberales, favorecen el orgullo y dan ansia á las más raras concupiscencias. Justifican los mayores excesos, y dan á veces la patente de héroes de virtud sublime, como decia el 9 de Junio Guiccioli, alcalde de Roma, á malvados como Giordano Bruno, que no tiene de grande sino su perversidad singular, extraordinaria y descollante. ¿Cuánto cuidado y trabajo no deberemos emplear, para neutralizar, ó á lo menos disminuir entre los que nos están encomendados esa influencia funesta,

tan conforme con nuestras malas inclinaciones!

Hay más; la experiencia enseña cuán difícil es atraer al buen camino, y que de veras se convierten, los que á sabiendas admitieron errores liberales. Por eso debemos clamar sin cesar, levantar como trompeta, en decir de Isaías, nuestra voz, para manifestar á los pueblos la maldad del liberalismo y los pecados á que da pábulo y origen: *Clama, ne cesses, sicut tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum et domui Jacob peccata eorum* (1) á fin de que los miren con horror y los eviten cuidadosamente. Siempre será mejor y más fácil precaver á nuestros fieles de caídas, que levantar á los que han sucumbido ya desgraciadamente.

Entre estos últimos hallareis algunos que, no contentos con perderse ellos, propaguen, sostengan y defiendan los errores liberales, con conocimiento de que son opuestos á las enseñanzas de la Iglesia y de su cabeza infalible, el Romano Pontífice; que impugnen la verdad de estas enseñanzas, porque los descubre á ellos, como dice San Agustín; que la odien con tanto más furor cuanto menor es el fundamento que tienen para aborrecerla; y sean tanto más tenaces, acres y virulentos los ataques que le dirigen, más calumniosas las imputaciones de que la hacen blanco, más vehemente la febril ansia de que desaparezca de entre los hombres, y de que sea rechazada por todos, cuanto es mayor, más viva, más clara la luz que en derredor suyo despiden esta verdad. Su brillo no pueden sostenerlo las enfermas pupilas de ellos, acostumbradas á la oscuridad, á las tinieblas del error, ó á esa miserable penumbra en que se confunden los contornos de todas las cosas.

Con estos desgraciados, debeis portaros, amados colaboradores, como con aquellos perversos, de los que dice el Sabio: *se corrigent con difficultad*. Orad ferviente y constantemente por su conversión; pero dedicaos tambien de continuo á prevenir á los fieles contra los sofismas, arterias y lazos que les armen, para precipitarlos en el error ó el vicio en que yacen ellos. Compadeceos, sí, del miserable estado en que se encuentran; pero no tengais consideraciones de ningún género con sus excesos ó desórdenes, antes bien combatidlos de todos modos. Esto lo exige de vosotros la justicia y la caridad; el oficio de pastor y la preferencia que se debe dar al bien de muchos, sobre el particular de algunos. No obstará, sin embargo, esta constante energia, para que aprovecheis en favor de esos desgraciados las oportunidades que se os presenten, para hacer que entren dentro de si mismos y se reconozcan. La ocasion de una gran desgracia que les haya ocurrido, de pérdida de bienes, de personas queridas, etc.; el estado de enfermedad aguda ó padecimientos habituales que producen desengaños frecuentes y facilitan el formar juicios rectos de las cosas y de las personas....; las perfidias é ingraticitudes de los que se les vendian por amigos y eran de su cuerda, y de los tan favorecidos por ellos; estas circunstancias y otras semejantes pueden facilitar al pastor la entrada con esos señores, y tambien que la luz de las verdades santas, expuestas por aquel con discrecion y prudencia, ilumine á estos ciegos, penetre en su inteligencia y disipe más ó ménos pronto las densas tinieblas que la ofuscan, y que igualmente la virtud de la divina gracia inflame, ablande y consuele sus corazones, fríos, duros y desolados.

Pero, si vuestra caridad de pastores no debe abandonar á estas ovejas, por alejadas que estén del aprisco, ni dejar pelear á estos hijos pródigos, cuanto esté de vuestra parte, debeis con mas frecuencia dirigiros á los demás y manifestarles con insistencia los estragos que las ideas y máximas liberales causan en las creencias y en las costumbres de los que las siguen. La pérdida de la fé, y la corrupcion de las costumbres con más frecuencia, efectos son en muchos de aquellas erróneas máximas é ideas. Enseñémosles á abominar de esas libertades de perdición, como las llamaba Gregorio XVI en su Encíclica *Mirari vos*, de conciencia, de cultos, de imprenta, etc., que se proclaman pomposamente como un adelanto, se fomentan con asiduidad y cínicismo descarado, y se autorizan ó permiten con público escándalo. Hagámosles entender los muchos pecados de que se

hacen reos los que se aprovechan de esas libertades para dar pábulo á sus apetitos; cuidando de fijarles mucho la atención y que se persuadan eficazmente de que las leyes humanas, autorizando esas libertades, jamás pueden hacer lícito lo que Dios condena y prohíbe en su santa ley. Si, al poner en práctica esas libertades, no incurren entre los hombres en pena alguna, jamás podrán eludir los castigos que Dios prepara en esta y en la otra vida á los violadores de sus preceptos, sino se arrepienten sinceramente. Digámosles, en fin, que, caminando por las anchas sendas de la libertad liberal, encontrarán, tal vez, poderosos protectores, harán fortuna, prosperarán rápidamente sus intereses, ocuparán elevados y lucrativos puestos, rebosarán en placeres, si se quiere...., pero infaliblemente pierde su alma y con ella todo lo habrán perdido; aunque les dure hasta la muerte esa prosperidad, que va siendo cada dia más escasa y rara en los mismos sectarios de esa herejía monstruosa que contiene, en resúmen, todas las herejías y autoriza todas las inmoralidades. (Se continuará.)

Leemos en el último número de la excelente *Revista Popular*:

«De Cardona nos escriben haber sido grande el júbilo de aquellos católicos con motivo de la visita de dicho excelentísimo señor Obispo de Urgel á aquella religiosa villa. En su obsequio celebró la Juventud católica una brillante velada literario-musical. Al fin de ella tomó la palabra el ilustrísimo Sr. Casañas, encareciendo la importancia en nuestros tiempos de tales Centros de propaganda, y encargando á sus jóvenes socios el mayor ardor en la defensa de los derechos de la Iglesia á través y á despecho de todas las persecuciones y de todos los perseguidores de la íntegra soberanía social de Cristo Nuestro Señor. Tambien de regreso de la famosa romería al Santuario del *Miracle*, que tuvo lugar hace pocos dias, predicó dicho señor Obispo en catalán á la muchedumbre allí reunida, exponiendo contra el liberalismo las palabras de la oracion dominical: *Adveniat regnum tuum*, repitiendo que «el Liberalismo es pecado,» y encargando se predicase y enseñase por todas partes esta doctrina, conforme á la de la Iglesia en repetidos documentos, aunque por ello se tengan de arrostrar cárceles, presidios y la muerte misma. Nos añade el celoso corresponsal que la multitud, conmovida con la elocuente palabra del apostólico Prelado, se despidió de él con lágrimas en los ojos y vitoreándole con el mayor entusiasmo.»

Sonó la hora para el maldito Liberalismo.

A un estimado compañero nuestro escribe su corresponsal en Madrid:

«La situación creada al periódico *El Movimiento Católico* por *La Union* con motivo de la denuncia que formuló este periódico al declarar que el *Clérigo de esta Corte* escribe en el órgano oficial del Congreso católico, es insostenible. En vano se ha tratado, como vulgarmente se dice, de echar tierra al asunto. La denuncia fué pública y pública debió ser la retractación de *La Union* si realmente calumnió á *El Movimiento*.

Pero ¡indudablemente no ha habido calumnia, porque *El Movimiento*, á quien el sábado último pidió aclaraciones sobre el particular *El Siglo Futuro*, no se ha dado por entendido, ni en verdad podia darse, porque á la denuncia de *La Union*, lejos de oponer una rotunda negativa, se contentó con decir que efectivamente la persona á quien *La Union* designaba con el nombre de *Clérigo de esta Corte* había escrito en *El Movimiento Católico*, y precisamente por recomendaciones del director de *La Union*.

En vista de tan inexplicable confusion son bastantes los suscritores de *El Movimiento Católico* que han comenzado á darse de bajo en dicho periódico, poniéndole en peligro de muerte que algunos suponen bastante próxima.

A *La Union* corresponde toda la responsabilidad del hecho, caso de que el hecho pudiera dar lugar á responsabilidades.»

**Madrid.**

24 de Noviembre de 1889.

Luz del cielo.—Memorias liberales.

Mala ha sido la pasada semana para el liberalismo. Empezó con el discurso pronunciado en el Senado por el señor Obispo de Salamanca contra la prensa francamente impía, contra la conservadora *Epoca* que con sus cuentos casi supera á aquella en la tarea de perder á las almas, y contra los gobiernos así fusionistas como conservadores que mantienen leyes contrarias al dogma católico y á las solemnnes estipulaciones del Concordato; y ha terminado con una nueva y magnífica Pastoral del señor Obispo de Plasencia acerca del liberalismo en todos sus [grados y mati-

(1) Isai-LVIII-1.º